

**PREGÓN DEL CARGADOR
A LA SEMANA SANTA DE SAN FERNANDO**
Francisco Carrillo Mora



**XVII PREGÓN DEL CARGADOR
a la Semana Santa de San Fernando**

organizado por la
Asociación "Jóvenes Cargadores Cofrades"
J.C.C.

bajo el lema
"cuando el Cargador se hace pregonero
o el Pregonero cargador"

a cargo de
D. Francisco Carrillo Mora

pronunciado en el
Salón de Actos del
Colegio de las Hermanas Carmelitas de la Caridad

SAN FERNANDO
4 de abril de 2.009
Sábado de Pasión

**PREGÓN DEL CARGADOR
A LA SEMANA SANTA DE SAN FERNANDO**
Francisco Carrillo Mora

PRESENTACIÓN DEL PREGONERO
a cargo de
D. José González García

“Las murallitas de Cai ya las están derribando;
Se ve desde Puerta Tierra la Isla de San Fernando,
La Isla de San Fernando, que es lo más bonito que tiene el mar... “

De entre los muchísimos piropos que le han echado a nuestra tierra, a través del cante o la copla, éste que cantaba Antonio Molina es uno de los más rumbosos que recuerdo...

Se cumplen ahora treinta años de JCC. Treinta años desde que se estableció el compromiso de la JCC con ésta, su Isla. Treinta años de maridaje en los que ha habido de todo: cofradías que han perseverado en el tiempo y otras que no; cargadores que le han entregado su exclusividad y otros que no; hermandades de allende nuestras fronteras que la han buscado como una tentación y a las que no se ha podido atender como hubiesen merecido a causa del ineludible ámbito local y otras de aquende a las que sí se atendió sin merecerlo (nuestro amigo Chiqui decía que si la JCC hubiese nacido en Sevilla, no existiría ninguna Semana Santa que no tuviera su propia JCC...).

Pero, estas cosas pasan en las mejores familias y hasta en las parejas mejor avenidas, así que, por encima de todos esos avatares, la JCC, nuestra JCC quiere hoy homenajear, piropear no ya sólo a su Semana Santa sino a la Isla, a su esencia toda.

Y, por eso, en esta ocasión, la JCC no ha buscado para su pregón a un reputado cargador, ni a un cofrade al uso, ni siquiera a un relamido fabricante de “octavas pregoneras”. El Pregonero de este año es hombre de letras y firma ilustre en el panorama intelectual de nuestra ciudad. Muy profuso sería desgranar aquí su currículo. No lo creo necesario. Porque quien ha cometido el error de elegirme a mí como presentador, no necesita, sin embargo, presentación. Quien en la Isla no conoce a Paco Carrillo es responsable por sí solo de su propio desconocimiento.

Más difícil, en cambio, es tratar de describir la personalidad de nuestro Pregonero. Si les puedo adelantar que nada de lo que van a oír a continuación será fruto de la casualidad. Otra cuestión es que seamos capaces de captar todo lo que él diga o, más exactamente, el verdadero sentido de lo que diga; no siempre es fácil entender su finísima y constante ironía o su inteligente retranca; pero, lo captemos o no, lo entendamos o no, sí puedo asegurarles que todo estará pensado y calculado. No habrá rellenos en este Pregón, ni concesiones a la pacatería, lo cual, desde luego, puede asustar un poco. Y es precisamente eso lo que ha buscado la JCC en Paco Carrillo: no al académico, al escritor, al novelista, al columnista... sino a alguien que, siendo capaz de sentir a la Isla esencial, a la Isla cruda y verdadera, fuese también capaz de enredar sus palabras con algo de la magia y del arte que esa cruda Isla destila por todos sus rincones.

**PREGÓN DEL CARGADOR
A LA SEMANA SANTA DE SAN FERNANDO**
Francisco Carrillo Mora

Una última cosa debo advertirles: No será fácil que Paco se nos pueda dar aquí hoy de una manera completa: la propia estructura de este acto podría privarnos de disfrutar una de las facetas más características de nuestro Pregonero, que alcanza su verdadera dimensión en esa cosa tan simple y a la vez tan difícil como es la tertulia. No obstante y pese a la dificultad, algo de eso saldrá aquí, seguro. Algo de ese conversador integral, en cuya charla, enriquecedora a cada instante surge siempre, tarde o temprano, el tema que, en definitiva, nos enamora a todos: Esa Isla que, después de todo, sigue siendo lo más bonito que tiene el mar...

Con ustedes, Francisco Carrillo Mora.

**PREGÓN DEL CARGADOR
A LA SEMANA SANTA DE SAN FERNANDO
Francisco Carrillo Mora**

**XXVII PREGÓN DEL CARGADOR
a cargo de
D. Francisco Carrillo Mora**

Le gusta el aire libre, practica el surf y todo aquello que pueda hacer sin esfuerzo, que es casi todo. Sus amigos lo admiran porque lo mismo improvisa en una guitarra, que ayuda pintando un fondo para la caseta de feria. Mientras estudiaba en el Instituto hacía lo justo y suficiente. Cuando aprobó selectividad picó en dos carreras distintas y de ambas desistió en cuanto encontró dificultades; este año termina biológicas. Ha sabido reconocer que las dificultades radicaban en él y ha tenido la oportunidad de encontrarse a sí mismo. Ahora ya no se aferra a su vieja coartada que consistía en pensar que mientras estudiaba, aunque fuera remoloneando, era preferible a hacer colas en el Inem con el título bajo el brazo. Pero, no lo olviden, tuvo la ocasión de recapacitar.

Cuando le propusieron cargar un paso de Semana Santa se apuntó encantado. A él le sobran las fuerzas y por probar que no quedara. Los ensayos no fueron ningún obstáculo ni ningún trauma, al fin y al cabo se trataba de acompañar la forma de andar, hacerlo a compás de los demás y aguantar su peso correspondiente. Sus compañeros le decían que no todos los pasos pesaban lo mismo, que dependiendo del que tocara unos eran más incómodos que otros y establecían diferencias que a él le parecían pretextos para darse importancia. Hablaban de la relación entre el espacio y el peso, y esas normas llevadas a rajatabla de no levantar las caídas, de no fumar... Total, nada que él no fuera capaz de superar.

Y llegó el día. Al amarrar la almohada al palo sintió algo de nerviosismo. Iba a debutar y sólo temía permanecer en un espacio tan cerrado. No obstante se decepcionó cuando le dijeron que debía admitir los refrescos; él quería hacer todo el recorrido, no por petulancia, sino porque se sentía con fuerzas para ello. Al principio todo fue bien. La banda marcaba el ritmo y el capataz sabía sacarle partido a su cuadrilla, conjuntada desde tiempo atrás. Mientras cargaban lo hacían en silencio, concentrados todos en el esfuerzo; cuando hacían fondo se oía algún jadeo, alguna tos producida quizás por el tabaco y por el agobio de la temperatura que se respiraba. Las almohadas enjugaban sudores y poco a poco se extendía un cierto tufillo a humanidad.

Ir bajo un paso es como andar a ciegas. Aun a sabiendas de la admiración que provocan, los cargadores viven en un mundo distinto al de los espectadores sea cual sea el que a estos les mueva, ya sea devoción, fe, sentimientos, tradición... Él se dio cuenta enseguida y mientras cargaba, casi mecánicamente, dejándose llevar por sus compañeros, sintió por primera vez en su vida que no todo era cuestión de músculo, que el esfuerzo dependía de la voluntad donde el músculo físico no era determinante, sino ese otro músculo que se desarrolla cuando se combinan la responsabilidad, el compromiso contraído con los compañeros, pero sobre todo el respeto y la estima hacia uno mismo. En su vida, tan activa hasta entonces, nunca había podido estar tanto tiempo a solas para poder establecer su escala de valores, para asomarse sin disimulos al fondo de sus debilidades. Había tenido que cargar un paso para darse cuenta de todo ello. Puedo garantizar que cuando terminó el recorrido era un hombre nuevo. Lo sé porque está ahí sentado, quizá un poco avergonzado porque le he descubierto su secreto, aunque feliz por pertenecer a un grupo humano capaz

**PREGÓN DEL CARGADOR
A LA SEMANA SANTA DE SAN FERNANDO**
Francisco Carrillo Mora

de dejar lo mejor de cada uno debajo de un paso, con sólo una almohada y un corazón por todo equipaje.

Señores:

Mirado desde otra perspectiva, así me presento ante todos ustedes, sin tramoya de ningún tipo, mi almohada es la palabra, sólo la palabra, y en mi corazón anida el sentimiento de admiración que me causa todo aquello que no he sabido o no he podido hacer. En la edad crítica desaparecía de aquí para retornar cuando los años ya no permitían alardes a pesar de conocer a muchos que sí saben alargar su presencia bajo los palos más allá de lo que, por prudencia, estuve dispuesto a admitir. Bien, tampoco he venido para hacer un recuento de mis frustraciones. Pero cuando digo que mi única almohada es la palabra, quiero decir que si con ella sola no soy capaz de transmitir mis sentimientos, si, además tuviera que valerme de los recursos de los pregoneros vanguardistas, no es que tenga nada contra ellos, sino porque entiendo que estas palabras no van dirigidas a una masa indiscriminada que precisa del espectáculo, sino que están pensadas para el oído y el corazón de cada uno, y cada uno sabe que la forma más directa es pronunciarlas con sencillez, sin retóricas ni falsos arrebatos, con la sinceridad que se hablan los hombres. También, y como advertencia previa, debiera decir que esto, más que un pregón al uso, podría ser un contra pregón, sobre todo porque los pregones ortodoxos tratan de revivir las sensaciones de los que observan desde fuera, los sentimientos de los espectadores; en cambio estas palabras pretenden incidir en los que desde dentro, asumiendo su papel, sois capaces de provocarlos. Quede, pues, como punto de partida sobre el que insistiré más adelante.

Es norma que se empiece por agradecer las palabras del presentador aunque se deje constancia de que, por ser amigo, es difícil que sea objetivo y, más aún, cuando entre los dos existe, como creo que él ha demostrado —y yo confieso ahora—, una mutua admiración. Pepe sabe que cuando yo sea mayor me gustaría parecerme a él, tanto en el sentido de la amistad como en su virtuosismo, pero sobre todo por la modestia con que afronta su vida; por haber llegado a descubrir que la felicidad radica en prescindir de lo superfluo, en necesitar poco, en definir, como él viene demostrando, su propia personalidad sin importarle nada más que estar en paz consigo mismo. Gracias, Pepe, por todo eso, aunque no te perdone que me hayas metido en este menester del que con gusto me sentía alejado. En primer lugar porque, pese al currículo, nunca me he sentido pregonero, sino sólo un observador de mundos, que todos sirven para seguir aprendiendo, y este deseo es el único sentimiento que ayuda a no sentirse viejo. Gracias, Pepe, y a todos los miembros de la JCC por vuestra confianza. No obstante os pido por favor que me aviséis cuando veáis que empiezan a abandonar las butacas porque supongo que ya habréis avisado de que “La Corchuela” ha cambiado de domicilio. Muchas gracias a todos. ¡Ah!, y prometo ser breve.

Pueden estar tranquilos porque no vengo a recordar vuestra propia historia que, pese a los años transcurridos, no son tantos como para que no la hayáis vivido en primera persona. Además, quién soy yo para contaros vuestra propia vida. Quiero decir que no voy a hacerme el erudito aprovechándome el haber leído la génesis y el transcurrir de este grupo, ni voy a dar la matraca diciendo que sois sublimes, ni está en mi ánimo —porque no sé—,

**PREGÓN DEL CARGADOR
A LA SEMANA SANTA DE SAN FERNANDO**
Francisco Carrillo Mora

andar con el incensario, imprescindible para tantos; pero a pesar de que tampoco he sido cargador, sí creo que puedo servir para contar cosas; es decir, que estoy más próximo a poder describir la importancia de lo que sentís aunque no sepa expresarla en su totalidad.

Quedamos pues que de momento no voy a obedecer ese lema vuestro “cuando el pregonero se hace cargador y el cargador se hace pregonero”, no por llevar la contraria —cosa que, confieso, me encanta—, sino para volver a insistir en que no soy ni lo uno ni lo otro —¡qué más quisiera yo!—, sino para poner de manifiesto que la libertad de expresión radica en no tener ataduras ni condicionantes previos, y esto ayuda mucho a la objetividad; que se consiga o no dependerá de la forma expositiva y, sobre todo de vuestra comprensión.

Sin embargo, para empezar a valorar la importancia de lo que hacéis habría que tener memoria para recordar el momento en que la JCC toma cuerpo de naturaleza y sería necesario recordar que la llamada carga tradicional, o la carga llevada a cabo por “profesionales” mediante un sueldo, había tocado fondo. Las cuadrillas viejas de los Sánchez, Mera, Marín, Tinocos y Carrillos, que tanto contribuyeron a definir el estilo de la carga en La Isla, y que casi sin querer la fueron singularizando —aunque de esto hablaré más adelante—; pero decía que aquellas cuadrillas primitivas llegaron a estar vulneradas por gente de relleno desde el momento en que la necesidad de los “profesionales” no fueron tan acuciantes, el trabajo duro y honesto se maleó hasta el punto de que en las propias cofradías llegó a cundir la inquietud y los desasosiegos. En ese momento crucial aparece la JCC. Pero vamos a darle tiempo al tiempo.

Mi primera visión con el mundo de la carga data de los tiempos heroicos, cuando muy joven aún, casi un niño, pertencí a la Junta de Gobierno de la Caridad. Antes, siendo monaguillo en el Carmen, sólo alcancé a ver los cinco o seis que se metían bajo el Santo Entierro y a los marineros que desde la maniquetas impulsaban a la Virgen del Carmen, ambos pasos sobre ruedas. Tal vez por eso, cuando asistí la primera vez a la comida de ritual que se le daba a los cargadores, me impresionara tanto ver a hombres curtidos, serios, hechos en los trabajos del alijo y de la carga, y ya, —martes santo—, con señales inequívocas en las cervicales y en sus hombros, huellas del Domingo de Ramos y el Lunes Santo que, al llegar el Nazareno, todos tendrían sangrantes. Comían con la elegancia y la sobriedad de los pobres. El menú estaba compuesto por un plato de cocido contundente y un filete grande, todo el pan que se quisiera, una naranja y un paquete de tabaco de picadura de los gordos, de los que les llegaban a los soldados de Camposoto, mucho mejores que los que se compraban en los estancos, librito de papel de fumar incluido.

Podían repetir del primer plato pero no era de extrañar que con el filete hicieran un bocadillo para llevárselo a casa para que comieran la mujer y los hijos. Cuando el humo de los cigarros, como estacas, invadía el aire, en éste quedaba prendido una paz distinta. No recuerdo en qué momento recibía el capataz el jornal de sus hombres, treinta y cinco pesetas por barba; en cambio sí los refrigerios —dos normalmente— donde privaba el bocadillo y la media limeta. También recuerdo que si alguno de los fijos, por enfermedad, no podía cargar, sus compañeros lo suplían para llevarle el dinero a su casa o bien dejaban a los voluntarios que así empezaron a sumarse generosa y desinteresadamente al mundo de la carga donde aprendieron casi todo.

**PREGÓN DEL CARGADOR
A LA SEMANA SANTA DE SAN FERNANDO**
Francisco Carrillo Mora

Más que hacer historia, lo que pretendo es refrescar que este mundo de la carga ha tenido en La Isla unos comportamientos y unas actitudes muy especiales. Cuando el hambre acuciaba, los cargadores en general seguían siendo generosos y ésta es una constante que el tiempo no ha dejado en el olvido, sino que con más medios, hoy se sigue manteniendo haciendo bueno el dicho; que la mano izquierda no sepa lo que da la derecha. Con esto, además, quiero subrayar el nivel de humildad que se respiraba entonces y que, evidentemente, no como ahora, los gastos de las cofradías excedían sus propias fuerzas y que los costos de las bandas y de la carga eran las partidas más fuertes, aliviadas esta última desde la aparición de la JCC. Vamos a dejarlo aquí, porque avanzar por este terreno puede llevarnos a hablar de la crisis que planea sobre tantos, y esto ya no es referirse exclusivamente al mundo de la carga, sino al de la política. Vade retro.

Sin embargo hay algo que sí quisiera expresar. Puede que todo sea parte de una creencia antigua o puede que, a fuerza de oírlo, sea lo que hoy se conoce como leyendas urbanas: la forma de cargar; por qué en Sevilla, por ejemplo, el costalero rachea los pies y aquí se anda con pasos cortos y a las bandas. Los costaleros, esto es, los que en los muelles descargaban sacos, uno a uno sobre sus espaldas, habían comprobado que colocándose un costal vacío sobre la cabeza y dejándolo resbalar por la espalda el peso de la carga quedaba más repartido a lo largo de toda la columna. Que su paso fuera racheado, casi arrastrando los pies, se debía a que no podían permitirse el lujo de cargar ora sobre una pierna, ora sobre la otra, lo cual obligaba a hacerlo sin separar apenas ambas del suelo. El resultado de aquellas condiciones definió la forma de cargar en la capital hispalense. En La Isla nunca fue así pero su estilo también lo marcó la propia profesión. La carga en La Isla siempre se hizo en parihuelas, tanto la sal, como la arena o el pescado se hacía en unas parihuelas hondas, con una trabilla que se cruzaban sobre la espalda para aliviarse del peso y que éste no recayera sólo en los brazos ni sobre la zona lumbar. Como las idas y venidas del barco al cantil de muelle se hacía por medio de una pasarela formada por dos tablones, esto lo obligaba a acompasar las pisadas, separar los pies para que cada uno pisara justo en medio de su tablón correspondiente. Pese a todo, para evitar los cimbreos, el pisar era suave y la tendencia era que los pies buscaran la mayor seguridad posible, por eso sacaban las puntas hacia afuera y evitaban, lo en otros sitios hacen los llamados hombres de trono, la rigidez y la marcialidad. Estaban, pues, acostumbrados a hacerlo bien cuesta arriba, bien cuesta abajo, porque la marea no siempre propiciaba la horizontalidad; es decir, necesariamente sus cuerpos eran más flexibles y esto sirvió más tarde, cuando se metían bajo un paso a hacer más suave, más sensible la pisada.

Ya digo, a pesar de que se lo oí a un viejo cargador, hasta ahora creo que nadie ha aventurado elevar a artículo de fe esta observación que aludo, por mucho sentido lógico que tenga, pero me encantaría que fuera verdad porque así encontraríamos un origen verosímil de la forma particular con que se cargan los pasos en La Isla y que, pese a los conatos de modernización, merece ser conservada porque forma parte de la escenificación singular que La Isla imprime a su Semana Santa, que le concede una personalidad inconfundible.

Quisiera en este momento hacer otra observación; es, posiblemente una nimiedad, pero quizá sirva para aclarar un concepto sobre el que se han barajado muchas hipótesis. En realidad lo que quiero decir es que no hay una interpretación única para la palabra "Paso". Según unos investigadores hace referencia a su movilidad; para otros es sinónimo de episodio de una historia; paso, en este caso, se corresponde con pasaje; en ocasiones se ha relacionado con el término latino passus cuyo significado, a menos uno de ellos, está

PREGÓN DEL CARGADOR A LA SEMANA SANTA DE SAN FERNANDO

Francisco Carrillo Mora

relacionado con el sufrimiento. Sea cual sea su origen, se puede definir, en este caso concreto, como la representación de un pasaje o episodio de la Pasión de Cristo a través de una o varias figuras, componiendo una especie de escena teatral, colocadas en una plataforma que permite su traslado.

Decir por tanto que la Semana Santa es una representación, no atenta siquiera con el sentido religioso. La propia Iglesia se ha valido de los efectos didácticos de las “representaciones”. No hace falta remontarse a los autos de fe, ni siquiera al dramatismo de los flagelantes de la Edad Media, basta con recordar aquellas misas pontificales anteriores al Concilio y cualquiera de las actuales celebradas en la Plaza de San Pedro de Roma que siguen teniendo una puesta en escena digna de los espectáculos más fastuosos. Las procesiones en general gozan del mismo carácter, con la particularidad de que pasan por ser obras de arte colectivas donde cada elemento tiene un papel importante ya sea desde la vertiente religiosa, estética, sensitiva, todo ello armónicamente concebido y, por tanto, representado. En definitiva es una suma de emociones donde influye desde el clima hasta el olor de la primavera mezclados con los aromas del incienso y el azahar: así de exquisitos somos.

Cuando se han visto semanas santas en pueblos perdidos de Castilla la Vieja, no cabe la menor duda de que están poseídas por una fe seca, sin concesiones ni voluptuosidades no exentas de espectáculo. La visión de los pasos de vírgenes y cristos románicos no distraen la atención con lo accesorio porque no existe. Ni siquiera el sordo sonar del tambor inspira la compasión que aquí se produce cuando el barroco en su dramatismo queda amortiguado por el deseo de hacer más llevadero el sufrimiento; de ahí que las vírgenes sean niñas, y guapas, y reinas y tengan velas rizadas, y flores, y el acompañamiento musical, aunque doloroso, esté inspirado en la piedad, y sus composiciones siempre tengan dos partes diferenciadas. Por decirlo con palabras de profano: una parte interpreta la amargura y otra, más viva, parece que da ánimos de consuelo.

Son observaciones dignas de destacar que, insisto, sirven para singularizar, no para generalizar. Porque aquí llega otro matiz importante. Aún reconociendo la magnificencia de las semanas santas más universales, en la intimidad de cada uno no hay ninguna como la propia. “Mi hijo no es el más guapo, pero es mi hijo”, dicen los padres sensatos. Aquí se entra en la vertiente de los sentimientos. Ver la imagen de la virgen ante la que nos enseñó a rezar nuestra madre tiene un añadido distinto incluso al de la propia fe, y si esa virgen cobra dimensiones distintas es porque está animada por la memoria de nuestra infancia, la savia de lo que fuimos.

Ahí entra la importancia de los cargadores de La Isla en general y de la JCC en particular. Como de representación se trata, cada parte asume su papel, y vosotros sois fieles a la partitura, sois los intérpretes de esa partitura de la que todos formamos parte. El arte de la escenificación obliga a que cada flor tenga su sitio y su significado, que el cimbreo de los candelabros de cola sea un remate efectista en un paso de palio, lo mismo que el cimbreo de sus varales, lo mismo que el sonido que producen, o la estela de olores que deja a su paso. Diríamos que todo esto, más que a los sentimientos, está dirigido a los sentidos. Pero los cargadores en su mundo, aislados del exterior y a solas con sus conciencias, saben dar vida a lo que, si fuera inerte, no pasaría las características hieráticas de un retablo. La prueba la tienen cuando se visita un museo de escultura religiosa, no mueve a la piedad ni

**PREGÓN DEL CARGADOR
A LA SEMANA SANTA DE SAN FERNANDO**
Francisco Carrillo Mora

acrecienta la fe, causa admiración, sorpresa: es otro espectáculo diferente. Es evidente que cuando se entra en el Museo de Escultura Policromada de Valladolid, —por citar un solo ejemplo—, allí sólo hay arte, todo lo sublime que se quiera, pero sólo arte. No sé si las monjas de San Plácido para las que Velázquez pintara su crucificado supieron ver algo más que el arte sublime del sevillano y sirvió para acrecentarles la fe y la piedad, pero cuando se contempla ahora en el Museo del Prado, se atiende más a las veladuras, a los colores complementarios que emplea el pintor, a cómo con la pincelada modela las formas, pero no sé si a muchos les ha inspirado rezarle un padrenuestro.

Cuando la JCC se presta a desempeñar su lugar en la representación y forma parte del espectáculo, convierte en vida lo que, sin ellos, sin vosotros, sería simplemente un retablo artístico. Ese paso acompasado, ese suave vaivén, ese nervio humano, ese esfuerzo continuado que obliga a mirarlo todo casi sin respirar, transmite la parte esencial de la Semana Santa de La Isla, que no es un pasear los pasos por las calles, sino transmitir un latido, un sentimiento de vida que vencerá a la muerte.

Quisiera ahondar en esto que llamo latido. Decir latido es lo mismo que decir corazón; el músculo más importante de nuestro cuerpo, el que no pocas veces tratamos de acallar por vergüenza, porque no se estila, porque los sentimientos nobles los estamos sustituyendo —o nos los están sustituyendo— porque tiene poco valor en la cuenta de resultados y no se refleja en los extractos bancarios. Antes, aunque fuera en los entierros, si había algo bueno que destacar del difunto era que se coincidiera en que en vida tuvo buen corazón. Hoy se ha sustituido por otros adjetivos que no aluden al corazón, se dice mejor; era buena gente y si se añade que fue audaz, agresivo, capaz, osado, decidido, se termina de hacer el perfil del triunfador al que ha merecido la pena conocer, ya que no siempre se está en disposición de haber tratado a un líder, un fuera de serie; vamos, valores que radican más en el cerebro que en corazón que, pese a todo, sigue siendo el lugar donde está la balanza del bien y donde sigue radicando los valores positivos. Todo lo demás es cálculo y premeditación, en el corazón siguen mandando los impulsos, los latidos.

En el inicio de estas palabras me referí al joven que teniéndolo todo, tuvo que superarse a sí mismo bajo un palo, cargando un paso, porque hasta entonces no había tenido tiempo de pensar ni se le había presentado la ocasión de superarse, de llegar más allá de sus propias fuerzas. Con esto no quiero decir que hay que ser cargador para poder verificarlo, pero cuando se presenta el momento y se sabe que ha llegado, superarse, sacrificarse, empieza a tener sentido. A vosotros, cargadores, no tengo que deciros nada que no sepáis, pero cuando lleváis sobre vuestros hombros el peso que asumís voluntariamente; cuando os concentráis y el silencio se hace para encontraros con vosotros mismos, cuando sois capaces de desdoblarnos para ser sólo corazón y latido, sabéis que estáis tocando vuestra propia verdad, que os encaráis con lo que realmente sois. No siempre es fácil encararse con uno mismo y, como digo, no siempre se tiene la oportunidad, vosotros sí la tenéis y en eso quiero pensar que pensáis cuando no existís más que vosotros y vuestras conciencias.

Y, paradójicamente, no sentís cansancio sino un alivio difícil de explicar pero que os anima para seguir al día siguiente. Me habéis contado que cargar es como un veneno que se lleva dentro, Bien, ese es vuestro veneno; saber que vais a encontraros con lo que verdaderamente sois. Todo lo demás es rutina, tradición o estética que, bienvenida sea si sirve para conmover, y si los espectadores no saben ver más allá de los respiraderos se

**PREGÓN DEL CARGADOR
A LA SEMANA SANTA DE SAN FERNANDO**
Francisco Carrillo Mora

están quedando con la mitad de la representación, esa a la que vosotros prestáis el corazón y el alma. Que así sea para siempre.

Nada más. Muchas gracias a todos.

Real Isla de León, 4 de abril de 2.009, Sábado de Pasión

Francisco Carrillo Mora
(Escritor y Académico)